

Blanca Calvo

Directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara y comisaria de la exposición

El despertar de la memoria



"Una de las luchas más tristes del que vence en la guerra es eliminar al enemigo y a su memoria, tratando de que en el futuro sus vilezas no se recuerden y tener así las manos blancas" (Emilio Lledó)

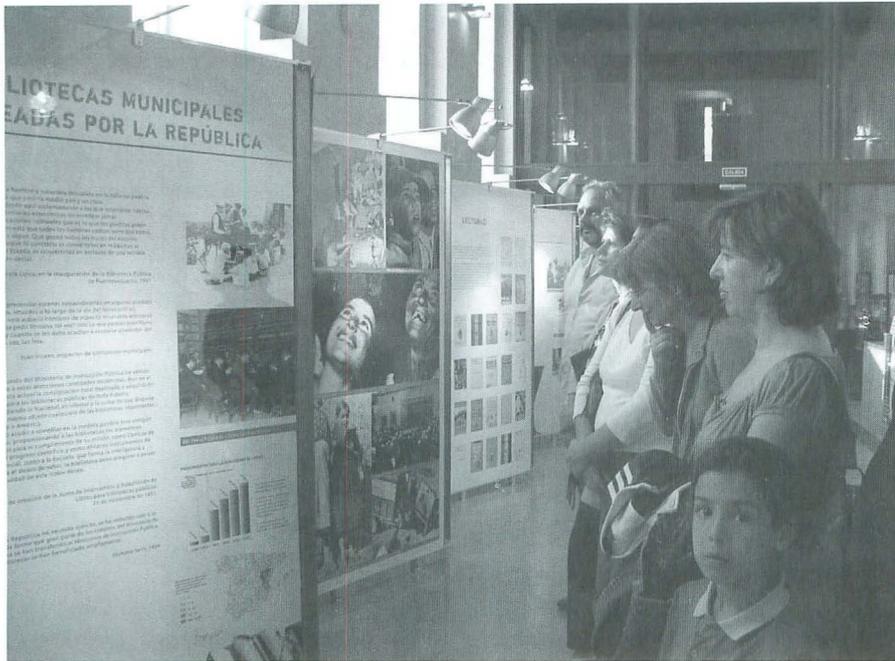
Como provincia que sufrió un desgarramiento enorme durante la guerra civil por haber sido escenario de encarnizados combates, Guadalajara ha vivido durante décadas sin querer recordar. Todo el mundo sabía que el Palacio del Infantado había ardido el 6 de diciembre de 1936 machacado por las bombas, pero nadie decía a qué bando pertenecían los aviones que las habían lanzado. Antonio Buero Vallejo, nacido en la capital alcarreña, olvidó durante décadas el camino que conduce a ella desde Madrid. No quería pisar sus calles para no arriesgarse a cruzar la mirada con los que le acusaban de no haber hecho nada por evitar la, para él, dolorosísima muerte de su padre, fusilado en Paracuellos.

Quizá por esa voluntad de olvido, o tal vez porque llegó en la semana de ferias, o puede que porque muchas personas habían visto ya la versión original en Madrid, la exposición *Biblioteca en guerra* no produjo aglomeraciones en la Biblioteca Pública de la ciudad, donde permaneció desde el día 17 de septiembre, en el que fue inaugurada por la Consejera de Cultura de Castilla-La Mancha con amplia presencia de autoridades, hasta el 6 de octubre de 2007; pero a lo largo de esas tres semanas fue saboreada por personas que acudían ex profeso a visitarla, individualmente o en grupo, y por lectores que, al hacer uso de la biblioteca, se topaban con unos grandes paneles bien iluminados que les hablaban de cosas suyas y les abrían el apetito de la memoria. Porque, además de la historia general de las bibliotecas españolas en esos años de la Segunda República, *Biblioteca en guerra* contaba, en Guadalajara, lo que había ocurrido específicamente en la provincia: veinticinco bibliotecas creadas por Misiones Pedagógicas en pueblos a veces tan pe-

queños que tras la derrota no volvieron a tener biblioteca jamás; cuatro bibliotecas municipales impulsadas por la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros (Budia en 1933, Amayas, Fuentelahiguera y Labros en 1935) y refundación por parte del Ministerio de Instrucción Pública, en 1938, de la Biblioteca Pública de la ciudad, la misma institución que estaba acogiendo la muestra setenta años más tarde en el Palacio de Dávalos, otro edificio herido por las bombas del 36.

Una conferencia de Emilio Lledó sobre la destrucción de la memoria, una mesa redonda sobre Juana Quílez, joven bibliotecaria en Madrid durante la guerra, posteriormente destinada a Guadalajara, once películas entre documentales y obras de ficción, la proyección ininterrumpida de los seis videos hechos a propósito para *Biblioteca en guerra*, visitas guiadas para grupos, una exposición de libros relacionados con el tema y otra de documentos prestados por el Archivo Histórico formaban el "interesante programa de actividades" al que se refería el periódico digital *La Crónica de Guadalajara* en sus titulares del 22 de septiembre.

Y sonaba en la Biblioteca de Guadalajara el Himno de las Bibliotecas Proletarias y la memoria de la gente se iba despertando, igual que cuando los ratones de Hamelin escuchaban al flautista. Y llegaban gentes de Fuentelahiguera, que se habían enterado de que su pueblo era uno de los veinticinco que tuvieron Misión Pedagógica y, al ver la exposición decían que querían buscar los rastros de los libros. Y a una profesora, después de leer todos los paneles, le entraban ganas de recorrer los pueblos que tuvieron biblioteca para investigar qué ha podido quedar de ellas; en eso debe andar ahora. Y la periodista



Visitantes de la exposición

Laura Garrido asistía, libreta en mano, a la conferencia de Emilio Lledó y dos días después recogía textualmente en el periódico *Guadalajara Dos Mil* alguna de las frases pronunciadas por el filósofo, entre ellas la que encabeza este artículo. Y Francisco Mayoral, que sale en los vídeos contando cosas sobre los comisarios de las milicias de la cultura, aparecía caminando despacito porque es viejo, y es de Guadalajara, y ya le iba importando un poco menos que se supiera en la ciudad que él había sido uno de esos comisarios.

En un viernes cálido, el 5 de octubre, tuvo lugar el último acto, un homenaje a Juana Quilez: aquella joven estudiante que escuchaba con gran concentración a Sánchez Albornoz en la universidad de Madrid a principios del siglo XX, rodeada casi exclusivamente de hombres; la bibliotecaria que en los años treinta iba a contar cuentos con Juana Capdevielle a los niños de los hospitales de Madrid; la que presentó una ponencia al *II Congreso Internacional de Bibliotecas*, celebrado en España en 1935, para defender la necesidad de incluir la biblioteconomía en los planes de estudios de los maestros; la que trabajaba durante la guerra en la biblioteca de la Facultad de Farmacia de la Complutense pero también participaba en la catalogación e inventario del millón largo de libros que, procedentes de colecciones particulares, fueron recogidos y protegidos en la Biblioteca Nacional; la que apareció años más tarde en Guadalajara para dirigir su Biblioteca, su Archivo y su Museo desde 1952 hasta 1976; la verdadera responsable de la recuperación del Palacio del In-

fantado, porque, como buena archivera, encontró los documentos que facilitaron su cesión al Estado; la que pasaba horas en los depósitos del Palacio catalogando legajos, combatiendo el frío enorme con un modesto brasero; una de las primeras mujeres que condujo un coche en nuestra ciudad provinciana porque tenía cuatro hijos, mucho trabajo, poco tiempo, y no se podía permitir el lujo de ir andando; la fundadora de la Asociación de Amas de Casa Concepción Arenal, que nació con el objetivo principal de dar cultura a las mujeres; la impulsora de una guardería laboral, porque sabía que la única liberación de la mujer pasa por la independencia económica, y para que la mujer pueda trabajar necesita buenos sitios donde llevar a los hijos; la creadora de dos pequeñas residencias de ancianos, y no es que no tu-

viera fuerza para hacerlas grandes, pero opinaba que, si se busca la calidad en las relaciones personales, lo ideal es una estructura de tipo familiar; la que, cuando el precio de la construcción empezó a subir hacia las nubes, creó una cooperativa de vivienda; la polemista; la hija de bibliotecario; la buena hermana; la que nunca pudo sobreponerse a la muerte de una de sus hijas; la que a sus noventa años era capaz de subirse sola al autobús para ir a la biblioteca, sentarse a la entrada y disfrutar con el trasiego de la gente. Juana Quilez: una pequeña gran mujer.

En la mesa había mucha gente que la quería: su hijo Salvador, los bibliotecarios Ángel García Méndez, que trabajó con ella en los años setenta, y Blanca Calvo, su sucesora en Guadalajara, los archiveros Riánsares Serrano y Antonio Caballero, buenos conocedores de su trabajo en el Archivo Histórico, y Teresa Butrón, actual presidenta de la Asociación Concepción Arenal. No podían haber sido menos: un personaje tan rico y polifacético necesita, al menos, seis miradas.

Al día siguiente, terminó el tiempo en Guadalajara de la exposición *Biblioteca en guerra*, que salió inmediatamente para otra ciudad. Con su marcha no se cerró nada; al contrario: su presencia había dejado abiertas las ganas de saber más. Más sobre las bibliotecas, más sobre Juana Quilez, más sobre otros bibliotecarios de esa época, más sobre nosotros mismos.

Un par de meses después, en el Palacio del Infantado, aquel que fuera en el 36 machacado por las bombas, el Archivo Histórico y el Museo Provincial abrían una magnífica exposición titulada *Guadalajara en guerra*. Ha tenido una verdadera avalancha de visitantes. La ciudad que no quería recordar ha perdido, por fin, el miedo a la memoria. ◀▶



El filósofo Emilio Lledó y Blanca Calvo